

CONFERENCIA INAUGURAL

UN SABER AL SERVICIO DE LA VIDA

Avelino HERNÁNDEZ

Escritor.

Miembro del Consejo de Dirección de la Universidad Rural Europea (1985-1993)

Tengo un amigo inglés que siempre me aconseja: "Avelino, cuando hables en público sé breve. Porque de esa manera, aún en el peor de los casos, quedará de tu intervención el recuerdo de que por lo menos duró poco".

Suelo hacerle caso al amigo. Pero mi voluntad de concisión no llega al extremo de omitir algo que me parece de obligado cumplimiento: agradecer a Luisa María Frutos y Pascual Rubio el que pueda estar esta mañana aquí. Y agradeceros a todos vosotros vuestra presencia en esta sesión inaugural.

Dicho lo cual, unos y otros -quienes me han invitado y quienes habeis acudido- me vais a permitir que os alerte sobre el riesgo que estais corriendo por el hecho simple de que ocupe yo y no otro esta silla de ponente. Y es que el motivo sobre el que se me sugiere disertar -el espacio rural y su vinculación a la vida y la cultura de las gentes del campo- remueve en mí vivencias tan intensas y sentimientos de emoción tan nada reprimidos que doy por seguro que pueda pasarme esta mañana lo que una tarde le ocurrió a Aquilino Periañez, mozo soltero viejo de respetado renombre en las tierras sorianas de donde vengo.

Pues fue el caso que, habiendo emigrado a servir a la ciudad todas las mozas salvo Bernarda y entrado en años ya largos nuestro protagonista, dio éste en enamorarse perdidamente de la soltera residual que cada día se cruzaba en su camino. Pero es sabido lo especialmente duros que los castellanos somos en la expresión de nuestros sentimientos, tanto más si son de corte amoroso y peor aún si vienen nimbados de un cierto tono erótico. Aquilino, crecientemente enamorado de Bernarda, veía pasar semanas, meses, estaciones, sin acertar a declararse.

Hasta que una tarde, de partida de guiñote con los amigos en la taberna, advirtió con alarma la presencia de otro mozo soltero viejo de un pueblo vecino que enderezaba sus pasos hacia la calle donde tenía la casa la moza de sus desvelos. Así

un día y otro día. Nuestro hombre, que no tenía un pelo de tonto, adivinó lo que pasaba: "Si no te espabilas, Aquilino, se te comen la merienda" -pensó.

Y en un arranque de decisión en última instancia, venciendo profundas resistencias, optó por declararse. Cosa que hizo del siguiente modo:

Era tiempo de verano y las mujeres bajaban a la fuente por agua con el cántaro en la cabeza o a la cadera; Bernarda lo hacía al atardecer. Aquilino, conocedor de la hora, se apostó tras la fuente. Y cuando su amada depositaba el cántaro bajo el limpio chorro, emergió de improviso y vertió rotundamente su entusiasmo:

Tanto pierdo la cabeza
cuando en la fuente te espero,
que el macho bebe en el caño
y yo en el abrevadero.

Pues éste es el riesgo sobre el que quería alertaros: que, al igual que a Aquilino llevado del objeto de su entusiasmo, pueda dejarme arrastrar yo del entusiasmo por el motivo sobre el que se me pide hablar y se me vaya la exposición al abrevadero en lugar de concentrarse en el agua limpia del caño de vuestro interés.

Intentaré evitarlo.

He querido ponerle título a mi intervención y he preferido, para ello, obviar toda resonancia académica para transmitir mi visión de vuestro quehacer profesional y del cometido mismo de estas Jornadas: "Un saber al servicio de la vida". Permitidme que desde el principio os transmita mi intencionalidad al hacerlo así, leyéndoos para ello un sencillo relato:

EL ENVENENADOR DE MANANTIALES

Cuando yo era un muchacho los ancianos del lugar nos contaban la historia del Envenenador de Manantiales.

En las lejanas tierras de donde procedo, más que al Dios de las Tormentas que desgraciaba en verano las cosechas, más que a la Helada Negra que quemaba en primavera los frutos, los campesinos temían al Envenenador de Manantiales.

Nadie le había visto nunca, pero se sabía que había pasado por el lugar durante la noche porque a la mañana aparecían muertos los pájaros que, al despertarse, volaron a beber el agua del Arroyo.

Otro día eran las ovejas de un rebaño las que agonizaban durante la atardecida. Y es que el pastor las había llevado a abreviar en los manaderos por los que había pasado antes el Envenenador de Manantiales.

A veces se tornaban rojas las lechugas en los huertos; o amarga la sazón de los albaricoques. Y era que el Envenenador de Manantiales había estado en los pozos de riego.

Un día, en una pequeña aldea llamada Masegoso, se celebraban las bodas de la hija única de un rico labrador. Todo era alegría y fiesta. El vecindario en pleno estaba convidado al banquete...

Al atardecer habían muerto todos.

Alguien había envenenado la fuente de donde los criados trajeron el agua.

Algún tiempo después la Guardia arrestó a un mendigo que pedía limosna por los caminos.

Se dijo que era el Envenenador de Manantiales.

Lo decapitaron en la plaza del pueblo.

Y el Gobernador ordenó colgar su cabeza, pendiente por el pelo, de un grueso clavo en la puerta de la iglesia.

Hoy Masegoso es una aldea abandonada.

Solo la vieja iglesia permanece en pie; y en su puerta puede verse todavía el agrio clavo que sustentó la cabeza de aquel hombre infortunado.

Una hermosa romería congrega cada año a las gentes de los pueblos vecinos que vienen a recordar aquellos hechos.

Como a todos los muchachos, cuando cumplí los doce años mi padre me llevó a la Romería de la Virgen de La Fuente Envenenada.

Y colocando mi mano adolescente sobre el frío hierro de aquel clavo me hizo prometer que nunca envenenaría ningún manantial, que nunca le cegaría a la vida ninguna fuente.

Quizás ahora comprendéis mejor el titular de mi exposición: **La Geografía, un saber que no envenene ningún manantial, que no le niegue ninguna fuente a la vida de las gentes del campo. Y más allá todavía, por positivo: un saber al servicio de la vida en los espacios rurales.**

No es esta la perspectiva dominante en la aplicación de vuestro quehacer. Como casi todos los saberes, también el vuestro cada día más se somete al imperativo de servir al progreso, al desarrollo, a la economía... al poder, al dinero, en última instancia. Pero afirmemos al menos que, aunque sea en forma de perspectiva periférica, existe la posibilidad de plantear un enfoque del saber geográfico aplicado al servicio de la vida en los espacios rurales.

¿Y cómo se comporta la vida en los espacios rurales?

¡Largo motivo! cuyo desarrollo, siquiera somero, iría contra la obediencia debida que, al hablar en público, le profeso a mi amigo inglés. Me reduciré, por ello, a intentar abrir unas cuantas ventanas, pocas, en los muros de esta magnífica sala para pretender que entre por ellas -como la brisa de esas crestas del Pirineo todavía nevadas en la primavera de Jaca- una visión que aportó, solamente abocetada, con voluntad de viveza y calor, a vuestro desarrollo reflexivo más riguroso a lo largo de estos días.

1. El territorio rural, un espacio para la vida

Antes que para el estudio, antes que para la investigación, antes que para la productividad, antes que para el enriquecimiento... el espacio rural es un espacio para la vida.

Para toda vida.

Para la cadena de la vida, desde sus inicios en los componentes más elementales hasta su culminación en la comunidad cohesionada. No queda lejos de aquí ese pueblo -Ainielle- cuyo nombre quedará siempre vinculado a la trágica evocación de la destrucción de la vida del hombre en los espacios rurales que Julio Llamazares plasma en su soberbia elegía "La lluvia amarilla". Pero no es sólo la vida humana, es toda

forma de vida, en coherente equilibrio, en cohesionada interacción la que precisa ser sostenida y promocionada en los espacios rurales, en el contexto más amplio de la perspectiva de protección de la vida en el Planeta.

Y el geógrafo conoce que esta perspectiva no puede estar ausente en su saber ni en su quehacer en los espacios rurales.

2. El territorio rural, un espacio concreto y personalizado

Humanizado.

Magistralmente nos lo ha enseñado, para todo el que quiera aprenderlo, Miguel Delibes. Todo en el territorio rural tiene nombre propio: la Senda de la Fuente Vieja, el Cotarro del tío Juan, la Cuesta de Carravillar, la Carrasca del Bruno, el Canto Hincado... Algo humano ocurrió en cada sitio; alguien estuvo en cada lugar, y la comunidad, que acaso ignora el dato preciso, nombrándolo lo rememora y lo evoca.

Acabamos de presentar hace unos días un libro que tiene como título "Por los ríos de Soria" y como subtítulo "Ríos que nacen, crecen, se reproducen y mueren en la provincia de Soria". Treinta y tres escritores han plasmado en él la evocación de las vivencias junto al río de su pueblo. Y es todo un venero constante de intensidad humana lo que fluye por igual en los ríos y por el libro.

¡Qué lejos ese nombrar concreto, ese evocar personalizado, de las formulaciones asépticas -medioambiente, biomasa, fauna...- cada día más dominantes incluso en el tratamiento cotidiano de la vida en el campo! Todo se torna abstracto, todo se trasmuta en materia cuantificable vertible a procedimientos informatizados de medición para una explotación más racionalizada y rentable.

Y el geógrafo está ahí, con capacidad para entender la lección de que, cuando se le trata de forma concreta, viva, personalizada, humana, el espacio rural es no sólo más fecundo, sino también más rentable.

3. La persistencia del sentido de lo común

Aún lo privado, en los espacios rurales, está impregnado del sentido de lo común, de la presencia de lo comunitario. La Comunidad es la prolongación culminante de lo personal, que en ella se amplifica y de ella retorna enriquecido, afianzado.

Dicen los que entienden que a Castilla la hicieron grande las Comunidades de Villa y Tierra, las comarcas y municipios rurales en las que las gentes del común tenían espacio, hacían su aportación, recibían su suerte, su ración o su tajada -simbólicas expresiones que transmiten el fructífero dar y recibir de lo individual y lo comunitario.

Y el geógrafo sabe que el espacio rural ha sido más fecundo y más rico cuando el embrión de lo privado ha crecido en la placenta de lo común.

4. El espacio tiene historia

El presente no lo es todo en el territorio rural; y en ocasiones ni siquiera lo determinante.

El pasado existe, es herencia, opera -para bien y para mal. Hay todo un sedimento cultural susceptible de convertirse en rémora o riqueza. El hombre del campo es conservador, como lo son el ganado y el trigo; pero es el suyo un sentido conservador cargado de ese positivo respetar lo heredado por valioso, que sólo un mal hacer ideológico o político convierte en coto cerrado y muro de resistencia al avance de lo nuevo.

Y el futuro existe también en el presente de la vida en el campo. Un futuro amplio, polivalente, diverso, cuya expresión omnicomprendiva mejor se recoge en el dicho, tan cotidiano, de los labradores en las tierras de donde vengo: "Hay que trabajar para los venideros".

El espacio en el campo tiene historia. Y el geógrafo no puede nunca olvidarlo.

Retomemos el hilo de la exposición, remiremos el camino por el que venimos andando:

La geografía, un saber para la vida en los espacios rurales.

¿Y cómo son los espacios rurales? Arriba quedan anotados cuatro apuntes, abiertas cuatro ventanas, cuatro mimbres aportadas para ayudar a trenzar el cesto de vuestra discusión.

Pero prosigamos:

¿Cómo se comporta la vida en el medio rural?

5. Una comunidad -gentes- depositaria de saberes seculares

Afortunadamente, superados lustros de menosprecio y desautoestimación, la cultura forjada a partir del hecho de trabajar la tierra está adquiriendo el relieve y el reconocimiento que merece su capacidad de aportación al reequilibrio de la desbocada tendencia de la cultura urbana a la acumulación cuantitativa y el consumo a cualquier precio.

Estoy tan convencido de que esta revalorización fermenta plenamente en el cometido profesional de todos vosotros, que vais a permitirme el capricho de distensionar, por si es necesario, esta sesión inaugural aportandoos algunas excelentes muestras de la hondura de la sabiduría rural en las tierras de Soria. Os ofrezco algunos simples botones de muestra aplicados a los temas más solemnes:

- El conocimiento y respeto de la Naturaleza, puesto de manifiesto en esta forma infalible que los pastores trashumantes de Oncala poseen para saber el tiempo que hará:

Si la luna tiene cuernos
como de aguilucho,
o llueve poco
o llueve mucho.
O no llueve nada.
O permanece el tiempo conforme estaba.

- La Religión. Lección aprendida de tanto guerrear, frente por frente, cristianos y musulmanes a ambos lados del Duero en Gormaz y San Esteban de Gormaz:

Vinieron los sarracenos
y nos majaron a palos.
Que Dios bendice a los malos
cuando son más que los buenos.

- El Amor. Síntesis de la sabiduría acumulada tras luengos años de convivencia conyugal:

- El:

La mujer cuando se casa
es lo mismo que el jamón:
al principio todo magra,
después todo zancarrón.

- Ella:

Me casé con un cabrero
pensando en aventajar,
se me murieron las cabras
y me quedó el animal.

- La Política. Saber supremo de quien ha votado y cambiado de representantes muchas veces y ve que gentes nuevas llegan a los puestos:

Con el tiempo, con el trato
y las malas compañías,
dentro de muy pocos días
estos perros serán gatos.

Chanzas aparte, el geógrafo no puede ignorar que las gentes que ocupan los espacios rurales son depositarias naturales de un prolongado saber, plural y contradictorio, que no puede tirarse por la borda y que puede trocarse fácilmente en material fructífero y rentable.

6. Un saber supremo: cómo vivir

La sabiduría aludida no es solo ni principalmente un conjunto de conocimientos que la experiencia avala; se trata sobre todo de un saber supremo: el arte de entender el sentido de la vida, una forma de estar en la existencia.

Una concepción de la vida emanada del hecho supremo de ganársela trabajando la tierra. Intrínsecamente vinculada al ciclo astral de las estaciones, del nacer, florecer, fructificar y morir; y vuelta al renacer, al nuevo ciclo enriquecido con el fruto del ciclo culminado. En la que todo lo importante -naturaleza, trabajo, pareja, familia, semejantes, fortuna, desgracia, amor, menosprecio, rechazo...- tiene su ritmo y su cadencia mediatizado por el propio territorio; cadencia y ritmo tan opuesto a la deshumanizada tensión de crecimiento lineal acumulatorio de lo cuantitativo que lo contemporáneo impone.

Y el geógrafo puede poner su saber del lado de esta concepción de la vida en un intento de introducir en lo contemporáneo el imprescindible reequilibrio que no nos acabe arrastrando, por la mera acumulación de lo cuantitativo, al desastre de la vida en el planeta.

7. Los nuevos sujetos de la vida en el campo

¡Qué lejos aquellos días en que gentes urbanas -toda una generación de artistas- venidas de fuera quisieron hacer del campo de Castilla paradigma del futuro de los destinos de España!

Alguien ha dicho que fue Miguel Delibes quien desnoventaiochizó Castilla y no le faltó razón; le bastó recorrerla y consignar, cual notario implacable, lo que veía: "Ni aún parejas quedan ya para procrear" -dijo tras un viaje por las tierras de Soria.

Toda familia rural se dividió en tres: el mayor, que siguió con las tierras, el intermedio que se fue a las fábricas y el pequeño que, vía seminario o magisterio, accedió al saber.

Y sin embargo, no fue la pérdida de mentes y brazos el principal daño de la emigración. Fue peor la situación en que quedaban quienes se quedaron: sin confianza en sí mismos, carentes de autoestima, humillados, desconcertados ante lo nuevo, inquietos ante el futuro, derrotados..., los sujetos protagonistas de la vida rural en los años últimos han sido incapaces de llevarla a ocupar el espacio que le corresponde en la nueva cohesión social que se ha abierto camino.

Afortunadamente es de esta misma cohesión social nueva de donde llegan ahora los refuerzos para reavivar el tejido social en los espacios rurales:

- retornados a tiempo parcial
- jubilados oriundos
- inmigrantes foráneos
- neorurales por diversos motivos

El geógrafo sabe que al territorio que es objeto de su estudio y dedicación está afluyendo sabia nueva, gente distinta, perspectivas diversas, intereses distintos... pluralidad, riqueza, contradicción. Conflicto, por lo tanto. ¿Pero desde cuándo no se sabe ya, quién no lo admite, que es el conflicto precisamente el motor de la evolución social?

Detengámonos, no porque se haya agotado el venero del hontanar que venimos siguiendo, sino simplemente para evitarle a quien modera el tener que recurrir a ese discreto modo de decir que nos pasamos que consiste en comenzar a jugar con el reloj.

Recapitulemos:

La Geografía, un saber al servicio de la Vida. No envenenar los manantiales, no cegarle a la vida ninguna fuente.

Toda una perspectiva.

No, por supuesto, la dominante (que la quiere al servicio del progreso, del desarrollo, de la economía, del poder) Pero perfectamente viable, rigurosamente sostenible, concretamente practicable.

Quede, pues, aquí, sobre la mesa, al inicio de vuestras jornadas, como una sugerencia para la reflexión.

Quisiera haber tenido el acierto y el calor precisos para haber logrado que algunos hayais considerado mis palabras útiles.

Me alegraré sobremanera si además, todos, las habeis hallado entretenidas.

También la literatura es un quehacer al servicio de la vida. Y nada más contrario a la vida que aburrir a quien te escucha.

Gracias.